

Si el concepto de “bueno” (el juicio “bueno”), desde nuestra perspectiva, inicia con la función de nombrar una acción como tal, para tratar de averiguar su sentido y aplicación en un contexto determinado, su origen en la concepción *moral* de lo útil debe buscarse relacionando lo moral con la lucha por el poder. Por ello, siguiendo a Nietzsche, en realidad empezó cuando la aristocracia nombró como bueno aquello que les era “útil” para sus intereses de poder, y lo que no les era útil (lo inútil), lo nombró como lo “malo”.



Pero con el paso de los siglos se olvidó la “utilidad” en relación con el poder, quedando únicamente dos conceptos: “*bueno y malo*” sin distinción alguna y que sólo por conveniencia se nombraba por los grandes aristócratas, qué era bueno y qué no:

*“Pues bien, en primer lugar para mí es evidente que esta teoría busca y sitúa en el lugar equivocado la fragua del concepto «bueno»: ¡el juicio «bueno» no procede de aquellos a quienes se «beneficia»! Antes bien, fueron los propios «buenos», es decir, los distinguidos, los poderosos, los de posición e intenciones superiores, quienes se sintieron y valoraron a sí mismos y a sus acciones como buenos, es decir, como de primer rango, por oposición a todo lo bajo, lo de intenciones bajas, lo vil y lo plebeyo”*

(Ibid).

A lo largo de la historia se ha visto que quien tiene el poder políticamente hablando y la concentración de sus riquezas, “legislan” (en el sentido de nombrar que se menciona en el diálogo el Crátilo), y forman a partir de sus propias conveniencias las categorías de “bueno” y “malo”. En la Genealogía de la moral menciona Nietzsche: